

Señor Llaugé, ¿qué es el satanismo?

Frente a la entrada del piso, en un barrio obrero que parece poco dado a los espíritus, hay un altar. El ambiente huele a un incienso flojo, ligeramente mezquino, un incienso castigado por la polución y respirado por los hombres. Sobre el altar está el misterio de unas velas; tras el altar está el silencio de uno libros.

—Podría definirse —me ha contestado Félix Llaugé, conocido mago y practicante de ritos— como la adoración de las fuerzas que son contrarias al cristianismo. Si alguien adora a los «ángeles buenos», se puede adorar igual a los «ángeles malos». Pero tengamos en cuenta, para evitar confusiones, que la verdadera magia y la verdadera brujería nada tiene que ver con el satanismo.

—¿Cuál es su origen?

—Por supuesto, hay que situarlo en el cristianismo, que es el que define a Satán. Hay personas que han adorado a éste desde el principio mismo de la fe cristiana, pero su origen formal hay que situarlo en el siglo XIV y el fin de la era feudal. En el siglo XIV, el satanismo adquirió forma literarias y artísticas y se dio a conocer ampliamente.

Más allá del patio vecinal, en la quietud de la tarde, juegan unos niños para los que Satán será como máximo un dibujo, un pecado, una sombra. Pero dentro del pequeño piso se amontonan los libros sobre brujería, ciencias ocultas, sobre fuerzas secretas que podemos —¿podemos?— invocar. Félix Llaugé me dice que sí, que esas fuerzas nos acechan desde las esquinas del aire. Desliza sus dedos sobre láminas que representan al diablo, condenado a la oscuridad, y a Drácula, condenado a una forma de amor que, si nos fijamos bien, es la que más se parece a la honradez del amor eterno. Félix Llaugé cree que Drácula no es simplemente un mito.

Y me ha dicho que el satanismo pretende algo así como la liberación. ¿Pero qué liberación?

### El «espabilado» y el asesino ritual

Yo he insistido en eso: ¿qué pretende el satanismo? Y él ha dado un cierto giro a la respuesta al decirme que, todo lo que es natural e instintivo, la religión lo ha convertido en pecado, o al menos lo entendió como pecado en épocas aún recientes. Prescindir de ello, o sea seguir el dictado de los instintos, es uno de los pilares del satanismo.

—Caray, pues perdone, pero a mí me parece que, tal como va el mundo hoy, está lleno de satanistas... Los hay a manta.

—Estoy hablando de un instinto «consciente». Porque lo curioso es que el satanismo lo practica sólo una élite (vamos a llamarla así) muy limitada e intelectualizada. No se trata de una liberación animal, sino que, por el contrario, entran aquí muchos condicionamientos espirituales, lo cual es radicalmente distinto.

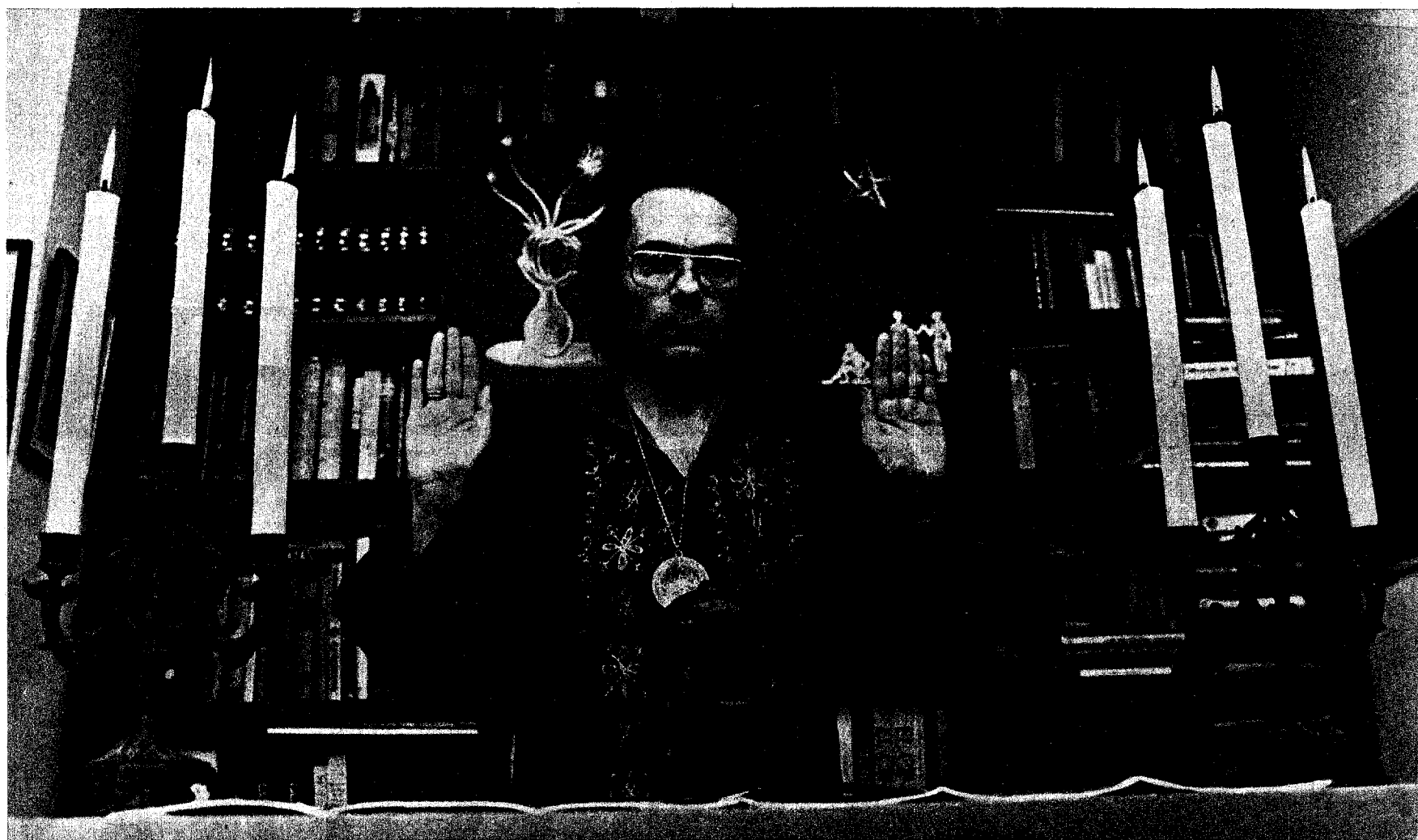
—¿Pero qué esperan de Satán sus adoradores?

—Voy a tratar de resumirlo en palabras sencillas: Dios es la abstinencia de todo, Satán es la permisividad de todo. Por lo tanto hay una máxima que dice: «Aprovecha el tiempo aquí y ahora». De Satán se puede esperar unas normas de conducta, pero además oportunismo y suerte.

La respuesta me ha preocupado: «aprovecha el tiempo aquí y ahora». En unas ciudades tan deshumanizadas como las nuestras, ¿qué puede significar eso?, y le he hecho la pregunta:

—Entonces, ¿se puede matar y robar?

—Puedo decirle que el satanismo no prohíbe matar y robar. Ahora bien, en las capas altas no se producen esos delitos, quizá porque se llega a la doctrina por una serie de



Félix Llaugé, «El mago Félix», durante uno de sus ritos, encaminados principalmente a resolver problemas sentimentales y morales

# DEL SATANISMO Y OTRAS DELICADEZAS

camino reflexivos; en las clases bajas pueden darse. Pero entendámonos: un atracador en nuestros días no es un satanista. Roba y mata por otras causas. No se le ocurre plantearse un problema, digamos, espiritual. El crimen satanista es el que se comete por medio de unos ritos, a veces espantosos. Un crimen con muchos aspectos espeluznantes, en suma, de los cuales tengo memoria de uno ocurrido en Londres en 1972. Algo increíble...

En fin, que he tenido la clara sensación de que no me lo recomienda.

### Pruebe usted el infierno

—Por consiguiente —le he dicho— los satanistas constituyen un peligro...

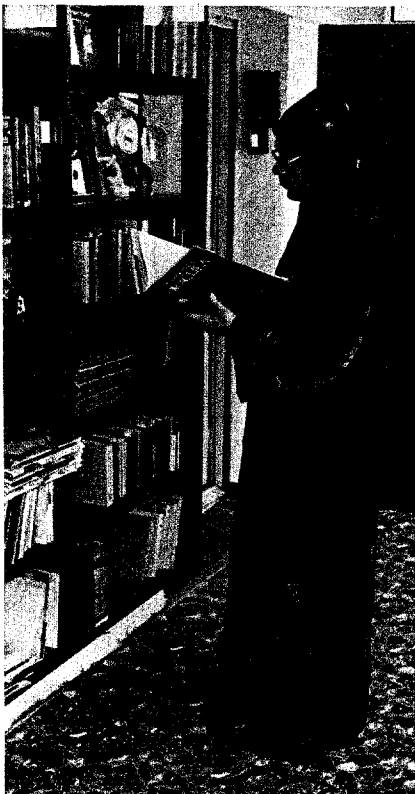
—Seamos sinceros —me ha contestado—. En una humanidad que durante siglos no ha hecho más que crear ejércitos para matar, ¿van a asustarnos sectas de treinta o cincuenta miembros?

—Reconozco que me deja usted sin argumentos, aunque la cosa podría variar si se tratara de sectas con medio millón de adeptos. Pero volvamos a la teoría e imaginemos que yo soy un satanista. Se supone que, entonces, ir al infierno será una delicia, ¿no?

—¿Infierno? ¿De qué infierno me habla? Porque dentro del satanismo hay una serie de ideas y tendencias en este punto, pero no se cree en el infierno como castigo. ¿Me va a preguntar cómo es el infierno de un satanista? Pues dicen que hay un mundo invisible, pero no como premio ni como castigo. Esas son cosas que el satanista no espera, afirma Llaugé.

—Mejor, porque si al diablo le llegan según qué inquilinos no los podrá dominar. Va listo...

Y hemos hablado del último chiste que circula por ahí, relativo a los apuros en que puede encontrarse todo un señor diablo. El chiste nada tiene que ver con el satanismo, pero, créanme, en este mundo ni el demonio puede estar seguro. Dicen que llamaron a la puerta del cielo y San



Un rincón de la biblioteca sobre ciencias ocultas más importante que existe en Barcelona

Pedro preguntó: ¿Quién es?». «Somos unos de Comisiones Obreras» —le contestaron. «¿Pues al infierno!» —gritó San Pedro, que como todos sabemos es bastante preconciliar. Al cabo de un rato vuelven a llamar. «¿Quién es?» «Somos otros de Comisiones Obreras» —le responden. «¡Ni hablar! ¡Este no es vuestro sitio! ¡Al infierno!» Pasa un rato y vuelven a llamar. «¿Quién es?» «Soy el diablo» —le contestan. San Pedro monta en cólera. «¿Pero qué te has creído, desgraciado? ¿Cómo te atreves a llamar a las puertas del cielo?» Y el demonio se queja: «No, si no es que quiera entrar. Es para que no me envíes abajo más tíos de Comisiones Obreras! ¡Ya tengo tres calderas paradas!»...

Y Félix Llaugé se ha reído, pero en seguida me ha preguntado muy serio:

—¿Es que usted cree que hay un solo diablo?

### Los números mágicos

—No se me ha ocurrido pensar en eso —le he dicho—. ¿Cuántos hay?

—No se le ha ocurrido pensarlo? Pues la Inquisición sí que lo pensó. Dijo que había siete millones y pico, exactamente 7.405.926.

—¿Sería atrevido preguntar cómo los contaron?

—No es atrevido; le contestaré. Es el resultado de multiplicar 1234321 por 6. El 1234321 es un número pitagórico, mágico.

—Y todos los miembros de esa legión infernal, ¿son igualmente malos, en el caso de que lo sean? Porque yo no quito ni pongo, no quiero lios con los vecinos del sótano.

—Y hace bien, porque no se puede evaluar a la ligera. Por ejemplo, no es lo mismo Satán que Lucifer. Los luciferinos, dentro del culto al diablo, son una clase aparte, ya que Lucifer era una deidad que representaba el conocimiento y la luz que no venían nismo lo convirtió en un demonio para luchar principalmente contra el conocimiento y la luz que no venían de su parcela. Todo ello con relación a la mentalidad de determinadas épocas, claro. Por eso los luciferinos nada tienen que ver con los crímenes violentos. Estos son, por consiguiente, los menos peligrosos.

—¿Y los más?

—Los más son los que adoran a Satán mediante ritos de sangre, y llegan a matar para derramarla, aunque eso depende, claro, en última instancia, de la mentalidad del oficiante.

—¿Qué esperan obtener mediante esos ritos?

—Generalmente tiene una finalidad destructiva, o sea la de causar daño a una persona.

—¿Pero es que Satán hace caso de los ritos? ¿Acude a su conjuro?

—Verá... Se cree —y en eso coincide con el cristianismo— que Satán lo sabe todo.

He mirado a Félix Llaugé, he oído las risas de los niños más allá de los patios vecinales, he tenido por unos momentos la oscura sensación del tiempo que pasa. A veces el tiempo

se nota resbalar entre los dedos como un fluir de arena. Y entonces he preguntado algo en lo que todas las personas mayores han pensado alguna vez, aunque fuese como mera especulación: ¿se podría vender el alma por la eterna juventud? ¿Se puede crear en el mito de Fausto?

—No —me ha contestado—. El diablo no hace cambalaches, no compra y vende, como no compra y vende Dios. Pero mucha gente cree en peticiones que se cumplen por la intervención de fuerzas superiores, y si ello es propio del cristianismo también puede ser propio del satanismo. Por eso creo que el mito de Fausto es de inspiración cristiana.

—Señor Llaugé, usted es una persona que se toma en serio su actividad. ¿Cree en el satanismo?

—Reconozco que puede tener características meritorias, como por ejemplo el cultivo de una vida más libre y más espontánea, pero no participo en misas negras ni nada parecido. Yo soy un practicante de la magia. La magia no es cristiana, pero tampoco anticristiana, ya que tiene una superior antigüedad y en algunos aspectos toma elementos del propio cristianismo. El mismo San Cipriano era un mago.

—Pero usted figura entre los organizadores de un simposio a celebrar en Barcelona sobre magia, brujería y satanismo, temas bastante desconocidos entre nosotros. ¿Por qué?

—Por una razón, o mejor dicho dos: porque toda inquietud del hombre debe ser estudiada y conocida, y porque en el extranjero todas estas materias están muy desarrolladas, lo cual significa que si no son tratadas aquí y desde aquí se puede producir una verdadera colonización, con mentalidad y métodos que no nos son propios.

Es decir, ¿otra multinacional? ¿En este caso una multinacional del satanismo? Pues que Dios —perdón, en este caso el diablo— no libre de tantas complicaciones.

Y Félix Llaugé no ha dicho que no.

GONZALEZ LEDESMA